

NOTA ITALIANA

Tal como se presenta, el grupo italiano tiene a su favor que es trípode. Eso puede bastar para poder sentarse encima.

Para hacer asiento del discurso psicoanalítico es hora de ponerlo a prueba: el uso decidirá sobre su equilibrio.

Que piense, «con sus pies», es lo que está al alcance del ser hablante desde su primer vagido.

Haremos bien además en dejar bien sentado, en el punto en el que estamos, que voces a favor o en contra, es lo que decide la preponderancia del pensamiento si los pies marcan tiempos de discordia.

Les sugiero partir de aquello de lo que he debido hacer refundición de otro grupo, nombrándolo, la EFP.

El analista llamado de la Escuela, AE, se recluta de ahora en adelante por someterse a la prueba llamada del pase, a la que sin embargo nada le obliga, puesto que además la Escuela delega en algunos que no se ofrecen a ello, a título de analista miembro de la Escuela, AME.

El grupo italiano, si quiere seguirme, se atenderá nombrar a aquellos que postularán en él su entrada según el principio del pase corriendo el riesgo de que no los haya.

Este principio es el siguiente, que he dicho en estos términos.

El analista no se autoriza más que por sí mismo, eso cae de su peso. Poco le importa una garantía que mi Escuela le da sin duda con la cifra irónica del AME.

No es con eso con lo que opera. El grupo italiano no está en condiciones de proporcionar esa garantía.

Sobre lo que ha de velar, es que al autorizarse por sí mismo no haya sino analista.

Pues mi tesis, inaugurante por romper con la práctica con la que pretendidas Sociedades hacen del análisis una integración en un cuerpo, no implica sin embargo que cualquiera sea analista.

Pues en lo que enuncia, es del analista de lo que se trata, y supone que lo haya.

Autorizarse no es auto-(tua-li)zarse.

Pues he planteado por otra parte que de donde sale el analista es del no-todo.

No-todo ser que habla podría autorizarse a hacer un analista. Lo prueba

que el análisis es necesario para ello, pero no es aún suficiente.

Sólo el analista, o sea no cualquiera, no se autoriza más que por sí mismo.

Los hay, ahora hecho está: pero es así porque funcionan. Esta función no hace sino probable la ex-sistencia del analista. Probabilidad suficiente para garantizar que los haya: que las oportunidades sean grandes para cada uno, las deja para todos insuficientes.

Si conviniera no obstante que no funcionasen más que analistas, tomarlo como meta sería digno del trípode italiano.

Querría abrir aquí este camino si quiere seguirlo.

Para eso hace falta (de ahí viene que haya esperado para abrirlo), para eso falta tener en cuenta lo real. Es decir lo que resulta de nuestra experiencia del saber.

Hay saber en lo real. Aunque ése, no sea el analista, sino el científico quien tiene que alojarlo.

El analista aloja otro saber, en otro lugar pero que debe tener en cuenta el saber en lo real. El científico produce el saber, del semblante de hacerse de él sujeto.

Condición necesaria pero no suficiente. Si no seduce al amo velándole que esa es su ruina, ese saber se quedará enterrado como lo estuvo durante veinte siglos en los que el científico se creyó sujeto, pero sólo de disertación más o menos elocuente.

No vuelvo sobre algo tan sabido sino para recordar que el analista depende de eso, pero que para él igualmente no basta.

Era preciso que se añadiese el clamor de una pretendida humanidad para quien el saber no está hecho puesto que no lo desea.

No hay analista a no ser que ese deseo le surja, es decir que ya por ahí sea el desecho de la susodicha (humanidad).

Digo ya: ahí está la condición de la que por algún lado de sus aventuras el analista debe llevar la marca. A sus congéneres el «saber» encontrarla. Salta a la vista que esto supone otro saber anteriormente elaborado, del que el saber científico ha dado el modelo y lleva la responsabilidad. Esta misma es la que le imputo, la de haber transmitido un deseo inédito sólo a los desechos de la docta ignorancia. Que se trata de verificar para hacer analista.

Sea lo que fuere de lo que la ciencia debe a la estructura histérica, la novela de Freud, son sus amores con la verdad.

Es decir el modelo del que el analista, si es que hay uno, representa la caída, el desperdicio he dicho, pero no cualquiera.

Crear que la ciencia es verdadera bajo el pretexto de que es transmisible

(matemáticamente) es una idea propiamente delirante que cada uno de sus pasos refuta relegando a épocas caducas una primera formulación.

No hay por ese hecho ningún progreso que sea notable a falta de saber su continuación.

Hay únicamente el descubrimiento de un saber en lo real. Orden que no tiene nada que ver con ese imaginado de antes de la ciencia pero que no hay razón que asegure que sea una buena fortuna.

El analista, si se criba en el desperdicio que he dicho, es gracias a que tiene una idea de que la humanidad se sitúa en la buena fortuna (es donde está sumergida; para ella no hay más que buena fortuna), y es en lo que debe haber circunscrito la causa de su horror, el suyo propio, el de él, separado del de todos, horror de saber.

Desde ese momento, sabe ser un desperdicio. Es lo que el análisis ha debido, al menos, hacerle sentir. Si ello no le lleva al entusiasmo, bien puede haber habido análisis, pero analista ni por asomo. Es lo que mi «pase», bien reciente, ilustra a menudo: lo bastante para que los pasadores se deshonren al dejar la cosa incierta, a falta de lo cual el caso cae bajo el peso de una declinación cortés de su candidatura.

Eso tendrá otro alcance en el grupo italiano, si me sigue en este asunto. Pues en la Escuela de París, no ha habido destrozos por ello. El analista al no autorizarse más que por sí mismo, su falta pasa a los pasadores y la sesión continúa para la buena fortuna general, teñida no obstante, de depresión.

Lo que el grupo italiano ganaría al seguirme es un poco más de seriedad que la que yo logro con mi prudencia. Hace falta para eso que corra un riesgo.

Artículo ahora las cosas para gente que me oye.

Está el objeto (a). Ex-siste ahora por haberlo yo construido. Supongo que se le conocen las cuatro substancias episódicas, que se sabe para qué sirve, por involucrarse con la pulsión por la que cada uno se apunta al corazón y no se alcanza mas que con un tiro que lo falla.

Eso da soporte a las realizaciones más efectivas, y también a las realidades más atractivas.

Si es el fruto del análisis, volved a mandar a dicho sujeto a sus queridos estudios.

Adornará con algunas fruslerías suplementarias el patrimonio que supuestamente pone a Dios de buen humor. Que guste creerlo o que subleve, vale lo mismo para el árbol genealógico por el que subsiste el inconsciente.

El mozo o la moza en cuestión sirven de relevo congruente.

Que no se autorice a ser analista, pues no tendrá nunca tiempo de contribuir al saber, sin el cual no hay oportunidad de que el análisis siga siendo

apreciado en el mercado, sea: que el grupo italiano no esté condenado a la extinción.

El saber en juego, he emitido su principio como del punto ideal que todo permite suponer cuando se tiene el sentido del trazado: es que no hay relación sexual, relación entiendo, que pueda ponerse en escritura.

Inútil a partir de ahí inventarlo, me dirán seguramente no ustedes, pero si sus candidatos, es una más a replicar, por no tener ninguna oportunidad de contribuir al saber en el que Uds. se extinguirán.

Sin intentar esta relación con la escritura, no hay manera en efecto de llegar a lo que, al mismo tiempo que planteaba su inex-sistencia, he propuesto como una meta por la que el psicoanálisis se igualaría a la ciencia: a saber demostrar que esa relación es imposible de escribir, o sea que por ello no es afirmable pero tanto como no refutable: a título de la verdad.

Con la consecuencia de que no hay verdad que pueda decirse toda, incluso ésta, puesto que ésta no se la dice ni poco ni mucho. La verdad no sirve para nada más que para hacer el lugar en el que se denuncia ese saber.

Pero ese saber no es que sea nada. Pues de lo que se trata es que accediendo a lo real, lo determine tanto como el saber de la ciencia.

Naturalmente, ese saber no está ya preparado. Porque hay que inventarlo.

Ni más ni menos, no descubrirlo ya que la verdad no es ahí nada más que leña para calentarse, digo bien, la verdad tal y como procede de la j... dienda (ortografía a comentar no es la p...ijada).

El saber por Freud designado del inconsciente, es lo que inventa el humor humano para su perennidad de generación en generación, y ahora que ha sido inventariado, se sabe que da pruebas de una terrible falta de imaginación.

No podemos oírlo, como no sea a beneficio de este inventario: o sea dejar en suspenso la imaginación que en esto se queda corta, y poner a contribución lo simbólico y lo real que aquí lo imaginario anuda (por eso no se lo puede dejar caer) e intentar, a partir de ellos, de todos modos han dado sus pruebas en el saber, ampliar los recursos gracias a los cuales lograríamos prescindir de esa fastidiosa relación, para hacer el amor más digno que la abundancia de parloteo que constituye hoy por hoy, *-sicut palea*, decía el Santo Tomás al terminar su vida de monje. Encontradme un analista de esta talla, que enchufara el chisme en otra cosa que no sea un *organon* esbozado.

Concluyo: el papel de los pasadores, es el trípode mismo quien lo asegurará hasta nueva orden puesto que el grupo sólo tiene esos tres pies.

Todo debe girar en torno a escritos por aparecer.